
Discurso de don Pedro Lira Urquieta, Presidente del Instituto Chileno-Mexicano de Cultura

Vuestra presencia aquí, Excmo. Señor, y la presencia de la escogida comitiva que os acompaña nos llena de regocijo. Entre los bienes que ella trae aparejados no es el menor el de romper el encantamiento que adormece en muchas mentes la visión real y esplendorosa de vuestro gran país. Porque no es México sólo la tierra de leyendas y canciones que hablan de guerra y de muerte, de opulencia, de belleza y de amor; es, ahora la más poblada y la más progresista de las naciones desprendidas de España.

No quiere vivir únicamente de recuerdos, por románticos que ellos sean, ni servir exclusivamente de sitio privilegiado de turismo. Aspira a algo más y lo ha obtenido. Asegurada desde hace decenios la estabilidad política y social; mejorando de día en día la tolerancia religiosa y secado para siempre el cenagal de luchas civiles de que hablaron sus historiadores; diversificada su producción en forma notable y adelantada en todas las ramas del arte y del saber, sin apetencias insanas ni ambiciones utópicas, ella marcha serena y confiada a la cabeza de las repúblicas hermanas. Ya no es ésta, para ella, la hora de la tristeza. Su bandera, como dice el viejo himno al dios Tlaloc, ondea hacia los cuatro puntos cardinales. Vuestra visita, así, lleva el sello inconfundible de una auténtica misión de progreso y de paz.

Con sobrias palabras que ojalá tuvieran la dulzura del bien decir os damos gracias por haber alcanzado a estos acabos del mundo, según dijeron los clásicos; gracias, también, por la iniciativa generosa que pone fin a un inveterado aislamiento; gracias, por último, por los muchos bienes y de todo orden que seguirán a vuestro paso y cuyo alcance no es dado siquiera vislumbrar. En nombre del Instituto Chileno-Mexicano de Cultura y de cuantos aprecian entre nosotros, los valores científicos, literarios y artísticos de vuestra Patria, cumplimos gustosos con este fácil deber.

* * *

Siempre México ha ejercido un suave magisterio espiritual. Tuvo ya en los lejanos tiempos de la Colonia la primera Universidad y la primera imprenta de América. Florecieron en su tierra muchos Estudios y de ellos salieron legiones de graves y sedudos doctores y de evangélicos misioneros que en ignotas regiones encendieron las luces del saber y de la fe. En Nueva España abundaron asimismo los poetas culteranos y latinistas desde Balbuena hasta Landivar y como flor de gracia, en la corte virreinal, brillaron las aladas estrofas de Sor Juana Inés de la Cruz, la incomparable Juana de Asbaje en la semblanza preciosísima que le consagró Gabriela Mistral. Allí, en las selvas sureñas del virreinato puso sus plantas el combativo y justiciero Bartolomé de Las Casas; allí, en tierras michoacanas, ensayó su formidable experimento social don Vasco de Quiroga; allí, en fin y por doquiera, artistas peninsulares, criollos e indígenas nos dejarían mil muestras de su genio y finura. En México se levantaron las más bellas catedrales de América y en su suelo abundan, como tesoros del arte colonial, los templos y capillas, los palacios y mansiones señoriales que no tienen comparación posible con cuanto existe en el resto del continente.

La riqueza y esplendor del período virreinal, tal cual lo leemos en las deliciosas crónicas de Valle-Arispe, ha quedado como algo legendario. No necesitaron nuestros mayores del testimonio irrecusable de Humboldt para creerlo. Ya en nuestra vieja Universidad de San Felipe, a la par que se estudiaban los textos jurídicos mexicanos, sobre todo los de minería, se recitaban los amanerados tercetos con que el autor de la *Grandeza Mexicana* cantaba su magnificencia.

¡Oh ciudad bella, pueblo cortésano,
Primor del mundo, traza peregrina,
Grandeza ilustre, lustre soberano.
¡Oh ciudad rica, pueblo sin segundo
Mas lleno de tesoros y belleza
Que de peces y arena el mar profundo.
¿Quién podrá dar guarismo a tus riquezas?

Naturalmente en esos años no se hablaba para nada de la cultura indígena ni de otras ramas del moderno saber. La influencia mexicana, en el campo universitario, se hacía sentir en la teología, en el derecho y en la poesía. Los reducidos círculos de eruditos y togados eran los conocedores. No llegaba a las clases media ni al pueblo. Las figuras mexicanas que primeramente tuvieron eco popular fueron las de los Libertadores Hidalgo y Morelos con su enseñanza guadalupana. Pero ya había sobrevenido la Independencia y con ella se había roto la cadena que unía entre sí a los dominios hispanos.

En verdad, el influjo cultural mexicano se debilitó en el largo período que va de 1810 a 1910. Se conocieron, es claro, los grandes valores intelectuales pero sin que formaran séquito. Los historiadores supieron primero de don Lucas Alemán, insigne precursor del sistema iberoamericano, y después de don Francisco Bulnes; los gramáticos y filólogos no podían ignorar a don Joaquín García Icazbalceta ni los educadores al multiforme don Justo Sierra. Los poetas mismos de tendencia parnasiana cuales Othon y Gutiérrez Nájera, López Velarde y Díaz Mirón, despertaron admiradores y seguidores. Pero ninguno de esos valores ni todos ellos juntos alcanzaron la resonancia que merecían. A México se le veía envuelto en trastornos políticos y los movimientos de simpatía que despertaba fueron más de orden afectivo y sentimental que de orden cultural.

Es laudable el apoyo que esta misma Casa Universitaria dio a esos movimientos de opinión en favor de México. Nos recordaba hace poco el insigne Alfonso Reyes, al agradecer el diploma de la Academia Chilena de la Lengua que le llevábamos, que en esta Universidad de Chile el poeta Guillermo Matta agrupó a los amigos de México en los días aciagos de la invasión francesa. Y en otra circunstancia histórica grave, en el período revolucionario que inicia Madero, también resonaron en este recinto, y por largo tiempo, voces de simpatía y de adhesión. El ilustre Vasconcelos, otro de los grandes desaparecidos, nos decía que él había ocupado esta tribuna y que más tarde desde ella le llegaron continuamente palabras de aliento en sus luchas por la educación popular y por la extinción del caudillismo.

Al juzgar la Revolución en marcha es indudable que hubo entonces exageraciones

de uno y otro lado. Era imposible que no las hubiera. Una conmoción social tan fuerte tenía que levantar encontrados juicios. Pero yendo y viniendo días se ha logrado serenidad para juzgarla y lo que no cabe discutirse ahora es el papel decisivo que ella ha jugado en el desarrollo de la cultura iberoamericana. Dejemos de mano las apreciaciones de orden político y social y el interés que ha despertado por los problemas del indio y del campesino; vengamos tan sólo a las repercusiones de orden cultural. Los escritores y artistas mexicanos se desprendieron, a lo menos temporalmente, del excesivo peso europeo y bebieron el fuerte brebaje indígena y local. No sólo influyeron en los demás por su actuación directa, sino por el ejemplo que daban al interesarse por lo autóctono (haciendo cejar en los otros pueblos el afán europeizante que predominó en el siglo pasado. Se despertó el gusto por las artes populares y la afición por desentrañar el misterio de las civilizaciones indígenas. Ahora nos interesan los viejos códices mayas, el Popol Vuh y el Chilam Balam con su misterioso y centelleante lirismo. Ahora se aprecian las pirámides y monumentos aztecas y de otras razas y se continúan las exploraciones y excavaciones a través de todo el continente. Los pintores y grabadores mexicanos, de preferencia los grandes muralistas que lograrían prestigio mundial, buscaron sus temas en la historia patria, en las cosas del terruño, mezclando como lo había mezclado la vida, lo blanco y lo cobrizo, lo europeo y lo indígena. Algo semejante iba a ocurrir con la música y con el cine de México.

Los novelistas, a su vez, conocieron la tremenda elocuencia de los tumultos populares y nos dieron algunos libros que han quedado como clásicos: las novelas de Mariano Azuela, las historias noveladas de Martín Luis Guzmán, los ensayos autobiográficos del que podemos apodarar con propiedad el Ulises Criollo. Los arquitectos y decoradores mexicanos han logrado, asimismo, aciertos indiscutibles inspirándose en motivos regionales y utilizando elementos aztecas y barrocos. No sabríamos explicar en qué consiste su originalidad pero es lo cierto que hay edificios hermosísimos de un sabor netamente mexicano.

La poesía, empero, parece haberse negado a entrar a la novedosa arena política y social. Los antiguos parnasianos, Othon y Gutiérrez Nájera, López Velarde y Díaz

Mirón mantuvieron su inspiración europea; y los que iban a llamarse modernistas, los más conocidos en Chile, y que alcanzaron a sentir el temblor revolucionario, tampoco pulsaron esa cuerda apasionada. Es el caso de Amado Nervo y de Urbina, de Villaurrutia y de González Martínez, de Maples y de Núñez y Domínguez, estos tres últimos de particular recordación aquí por haber desempeñado dignamente cargos diplomáticos. Los más afamados vates contemporáneos han querido mantenerse también en la región serena del arte. Faltando a la cortesía literaria nombraremos sólo a algunos de los vivos: a Gorostiza y a Torres Bodet, a Salvador Novo y a Ali Chamacero, a Alfonso Junco y a Gloria Riestra.

Esos novelistas y poetas, como en general los escritores y periodistas mexicanos, todos merecen particular encomio por el empeño que han puesto y que ponen en defender la pureza del idioma, nuestro valioso nexo lingüístico. Estando en las líneas de fuego, recibiendo a diario el choque de los anglicismos han sabido mantener con gracia y con vigor la integridad de ese patrimonio. ¿Cómo silenciar la parte que en ello cabe a la Academia Mexicana de la Lengua? ¿Cómo podríamos olvidar que en 1952 ella nos convocó al Primer Congreso de Academias de Lengua Española?

Desgraciadamente no todas las valiosas producciones del pensamiento y del arte mexicano llegan a nosotros. Para adquirir algunas de ellas es menester salir de Chile. Nuestras obras literarias, en cambio, llegan con más facilidad a México; pero pudimos comprobar visitando algunos centros universitarios que las valiosas colecciones de nuestra Editorial Jurídica eran desconocidas. Urge, pues, instar a los Gobiernos para que sean derribadas las barreras que dificultan la libre circulación de libros y revistas, de obras de arte y de elementos folklóricos. Acaba de cumplir veinticinco años la labor del Fondo de Cultura Económica y nunca será lo bastante celebrada la tarea que ha realizado publicando multitud de obras mexicanas y americanas, de traducciones de cuanto libro valioso de economía, de historia, o de arte haya aparecido en el mundo. Quisiéramos, por esta causa, que el Convenio Cultural que acaba de concertarse, reciba pronto una aplicación efectiva y provechosa.

Quisiéramos, además, que este Convenio tuviera la virtud de estimular el intercambio de profesores y de becarios, de maes-

tros y maestras, de periodistas y de alumnos; que se estrechara la colaboración entre las diversas Facultades y Escuelas que componen el conjunto universitario. Si fuera posible debiera alentarse cualquier viaje, aun el de los simples turistas. Bien sabemos que el chileno que va a México vuelve convertido en admirador y en propagandista de ese país, y algo análogo ocurre con los mexicanos que vienen a Chile según nos decía el brillante e infatigable Presidente del Instituto Mexicano-Chileno de Cultura, el Licenciado don Luis Garrido.

En efecto, nada es comparable al provecho que trae consigo un viaje a México. Porque ¿qué libro o fotografía podrá sustituir a la visión directa de quien contemple la Plaza del Sócalo en la capital mexicana? ¿Quién que haya recorrido sus avenidas, visto sus fuentes o subido a Chapultepec podrá olvidar tanta belleza? Y si gusta, como dijo Cervantes, de la poética bruma del tiempo ¿cómo no habrá de sentir el maravilloso silencio de sus viejas cuidades coloniales?

El viajero que quisiera penetrar en los misterios de las civilizaciones pasadas puede visitar ruinas aztecas y mayas, Teotihuacán y Chichén Itza; el que ame el esplendor barroco y aun churrigueresco puede contentarse con ver el templo jesuítico de Tepotzotlan. Y finalmente, los aficionados al movimiento y al colorido frecuentarán ferias y mercados, concurrirán a la monumental Ciudad Universitaria y admirarán grandes y novedosos edificios públicos, usinas y fábricas.

¿A qué seguir? No cabe en los ceñidos términos de un discurso como éste señalar los mil motivos que justifican un mayor conocimiento de nuestros países y consecuentemente, una mayor estimación recíproca. Tampoco cabe hablar de las personas que durante más de un siglo laboraron en esta obra de vinculación, diplomáticos y escritores, profesionales y periodistas, gente de mundo y gente de empresa. Los que proseguimos desinteresadamente en ella recibimos ahora el mejor premio con el acto solemne que nos congrega.

En los días inciertos que siguieron a la Emancipación, Andrés Bello cantaba en Londres las glorias de la América libre y refiriéndose a México escribía estos versos proféticos:

“Mucho, nación bizarra mexicana
De tu poder y de tu ejemplo
Espera la libertad”.

El poeta que iba a ser el primer Rector de esta Universidad de Chile estaría ahora contento. México supo responder a su vaticinio generoso. A través de quebrantos y dolores, de vicisitudes y altibajos de fortuna ha realizado el esfuerzo libertador que se le pedía; ha conquistado la libertad política, ha asegurado la libertad económica y se afana por hacer libres de la ignorancia y de la miseria a todos sus hijos. Uno de

sus grandes educadores, el Maestro Justo Sierra, dejó escritas estas líneas memorables que vienen a cuento: “La libertad, médula de leones, sólo ha sido individual y colectivamente el patrimonio de los fuertes: los débiles jamás han sido libres”.

Unidos en ese amor a la libertad los chilenos celebramos la probada fortaleza del pueblo mexicano. Por eso, Excmo, Señor, voces de aliento y de hermandad saludan vuestro paso por la áspera y libre tierra que cantó Ercilla. Por eso deseamos que las sombras del olvido jamás se atrevan con el recuerdo gratísimo que nos dejáis.